



Columna de prisioneros austriacos, custodiados por lanceros italianos durante la "Gran Guerra" de 1914-18.

## Max Aub: LA "GRAN GUERRA" Y EL SOCIALISMO

La guerra y la paz.—"No, cándidos amantes de la paradoja; no puede haber socialistas burgueses, como no se puede encender una vela a San Miguel y otra al diablo; ser con los mamíferos ave y con las aves ratón, como el murciélago de la fábula; jugar con dos barajas; ponerse al sol que más calienta; estar al caldo y a las tajadas y dar gusto a tiros y troyanos. No hay más remedio que hablar claro y decir si se es partidario de la renta o del producto íntegro del trabajo, de la explotación del hombre por el hombre o de la emancipación del proletariado. Lo demás es palabrería, todo lo literario que se quiera, pero palabrería. Por algo los trabajadores miran a los literatos profesionales con cierta prevención. Suelen ser paradójistas y, según la última moda vanguardista, 'apolíticos', asociales, arreligiosos y arre, que es tarde, a alcanzar cuanto antes la renta, el empleo, el casamiento ventajoso o la subvención descarada. La cuestión es hurtar el cuerpo al trabajo, y para ello la literatura suele ser un recurso excelente, cuando la literatura no tiene un contenido humano y al mismo tiempo, espiritual".

---

Publicamos a continuación el texto de la conferencia que con el título de "Orígenes de la guerra de 1914" pronunció Max Aub el domingo 2 de febrero de 1930 en el Salón Grande de la Casa del Pueblo y que reproduciría íntegramente tres días después "El Socialista" en su folletín. En el primer anuncio de la conferencia, organizada por la Juventud Socialista Madrileña, se decía que la misma estaría "a cargo del camarada alemán Max Aub, que disertará en español acerca del tema". En subsiguientes anuncios y referencias desaparecería el gentilicio "alemán" aplicado al autor de "El laberinto mágico". Aunque Max Aub nació, como sabemos, en París de padre alemán y madre francesa, se estableció en 1914 en nuestro país y asumió plenamente nuestra cultura, que estudió desde sus orígenes.

---

Así escribe un viejo liberal que nosotros, los jóvenes, no solemos leer con gran frecuencia —Antonio Zozaya—, en un artículo recientemente publicado. Que no hay ley sin excepción, compañeros, es lo que os quería decir en este primer contacto.

Compañeros: Yo he venido al socialismo porque es el único partido hoy y en España que ofrece la posibilidad de un mundo mejor. Todos los otros, viveros de intereses creados, de personalismos, no injustificados dada la pobreza de sus componentes, se glorían de mante-

ner la vida en las mismas circunstancias de hoy; sus reformas se suelen referir a cosas superficiales. Que las hondas y verdaderas también las engloba el socialismo.

En estos tiempos turbios de conservadores que se dicen liberales, de jóvenes que se proclaman reaccionarios, de intelectuales coquetos con la fuerza de revolucionarios de café o manzanilla, os aseguro, compañeros, que en ningún sitio se encuentra tan a gusto un universitario, ni en un medio que más le esperance, como entre vosotros.

Tengo la completa seguridad de no tener exactamente las mismas ideas ni pulsaciones que gran parte de vuestros compañeros; pero, ¿qué importa eso? Al contrario, de esos múltiples y pequeños choques tiene que surgir esplendoroso y magnífico el cauce arrollador del Partido Socialista Obrero Español.

No es un tema nuevo este de que hoy voy a hablaros; antes, al contrario, viejo, manido, en su esencia. Las circunstancias son las únicas que han variado. Otros hombres, otros pueblos; pero desde que la Historia es Historia, no es más que la relación de guerras. Una tras otra, seguidas, implacables. Ni un día, desde que el hombre ha podido dejar testimonio de su existencia en el cual no haya habido, en el pequeñísimo globo que habitamos, un choque entre dos pueblos, es decir, entre dos intereses. Abrid cualquier Historia universal; la historia de la paz ocupa bien poco sitio al lado de la historia de las guerras. Y los retratos de caudillos vencedores casi siempre ocultan, si es que las hay, las efigies de los posibles mantenedores de la paz. ¿Qué terrible sino pesa sobre los hombres y los pueblos



# Max Aub:

que así se entremataron y se entrematan sin interrupción? ¿Os habéis puesto a considerar algún momento, en estos últimos años de esta época nuestra, civilizadísima época de grandes transatlánticos, soberbios vuelos, rascacielos y "jazz-band"? ¿Os habéis fijado alguna vez en las guerras, en la enorme cantidad de guerras —eso que se repudia como la última barbarie— que en este civilizadísimo mundo ha habido nada más que en estos últimos cincuenta años?

¡Compañeros! Desde el Japón al último rincón de los Balcanes, pasando por Rusia, hasta el cabo de Buena Esperanza, volviendo al Asia por Norteamérica, fijos que ni un día han dejado de entreaseslarse pueblos contra pueblos.

Todos los días, en esta maravillosa época de ciudades urbanizadas, de cosmopolitismos integrales, cada día, y hoy y ayer, y mañana, un hombre mata a otro hombre, su hermano, su compañero. Desde que el mundo es mundo, y en todas partes, si llegara a nuestro planeta un viajero extraordinario, seguramente preguntaría qué ofensa grave había inferido un pueblo a otro pueblo, una ciudad a otra ciudad. Figúraos su asombro cuando, posiblemente, nadie le pudiese contestar con claridad.

## La paz y el socialismo

Contra esta terrible aberración, contra este azote profundo de la Humanidad, mucho peor que todas las tuberculosis y cánceres posibles, se ha alzado en el mundo, desde hace relativamente pocos años, un luchador. Un luchador que nació del aire, débil, pero inmortal: el socialismo.

A los proletarios del mundo entero toca acabar con la guerra, haciéndola desaparecer, como una enfermedad, absolutamente. Yo quisiera —mi ambición es infinita— que mi vida sirviese para algo; no pido más que sea un jalón en el camino de la paz perpetua. Y, a ser posible, ilusión completa, crear o ayudar a florecer otros jalones más fuertes que yo.

Habréis aprendido que la esclavitud se abolió. Cuando en el cine, en el periódico, en la revista veáis desfilar largas filas cuadradas con fusiles y cañones, filas y cuadros formados por proletarios de todos los países, pensad si lo que os enseñaron era exacto. Yo lo dudo. Mejor dicho, no lo dudo. Estoy seguro de que no se ha abolido.

Esperemos que un próximo día nos deparará la oportunidad de abolirla. Veamos entre tanto alguna de sus últimas facetas. No os voy a revelar ningún hecho nuevo. A lo sumo, una nueva coordinación.

## Los hechos

Después de la guerra franco-prusiana de 1870, el equilibrio

continental europeo descansaba casi íntegramente sobre Bismarck. El gigantesco "Canciller de Hierro" lo era en todas las acepciones. El, naturalmente, se daba cuenta de ello; por esto no es extraño que le dijese a Ballin, poco antes de su muerte (1898): "Yo no veré la guerra mundial; pero usted la verá, y empezará en Oriente". Sin duda, su gran inteligencia le hacía prever, incuestionablemente, la tormenta. El que no hubiese ratificado —por culpa de Holstein y Caprivi— el tratado secreto con Rusia, encerraba ya los elementos del problema. Alemania, unida por alianza a Austria e Italia y secretamente a Rusia, no tenía, continentalmente, nada que temer. Al dejar Rusia libre, todas las combinaciones en el tablero europeo se hacían posibles. Francia no lo desaprovechó.

Alemania, gobernada personalmente por un sujeto voluble, crédulo, amigo de todo relumbrón, hambriento de aplausos como cualquier comediante, con excelente memoria capaz de disfrazar la ignorancia con un barniz discreto; Alemania, sobrada de energía, con una industria ya importante y de floración creciente, estaba excelentemente abonada para la "Weltpolitik" —política mundial—, que comienza, efectivamente, en 1900 con el advenimiento del príncipe Bülow a la Cancillería. Entonces empieza —amén de las lamentaciones del Emperador por los doce años perdidos—, de 1888 a 1900, esa sarta de discursos —más de 400—, agresivos los más, dominados todos por un loco afán de aparecer como el señor y dueño del mundo entero. Nunca histrión alguno representó más concienzudamente su papel, y lo que en cualquier otro caso hubiese sido fuente de burlas y sonrisas compasivas, fomentó la gran hecatombe del 14, o, por lo menos, fue la pimienta o bien el fuelle que no dejó de reanimar un solo momento la llama de una conflagración posible. Veremos cómo algunas veces, asustado de sus palabras, se vuelve atrás, escudándose en sus ministros, lo que generalmente suele costarles la cartera.

En Austria —es tradición—, los ministros eran tontos, frívolos, incapaces. Fue para Bismarck un bocado fácil, tan débil como Francia, en la cual, muerto Morny, Napoleón III no halló el hombre necesario.

Cuando en 1884 se firmó el acuerdo secreto con Rusia, Bismarck creyó que en los dirigentes del Gran Imperio se había esfumado el resentimiento que les produjo en 1877 el que Alemania —quien dice Alemania decía Bismarck— les hubiese impedido sacar todos los frutos de su campaña contra los turcos. Sin embargo, recuerda que el ex Kaiser que siendo él todavía kronprinz, le enviaron a Rusia con una oferta en firme acerca de Constantinopla y los Dardanelos. El Zar Alejandro III le contestó: "Si yo quiero Constantinopla, me apoderaré de ella sin necesidad

de permiso o la aprobación del príncipe Bismarck".

Esta vieja aspiración rusa es otro de los fundamentos de la guerra del 14.

En 1890, el Kaiser despidió a Bismarck. "No era, después de todo, más que tu empleado", le dice el Zar el mismo año. Caprivi, su sucesor, un soldado incolorado, por no hacer nada, no renueva, como queda dicho, el acuerdo con Rusia. El acontecimiento más importante de aquellos años es la alianza defensiva ruso-francesa. El Kaiser no volvía de su asombro. Acostumbrado a tratar los asuntos de Europa como pertenecientes a personas de su familia —sobrino del Rey de Inglaterra, primo del Zar—, no se explica la alianza de un Imperio con una República democrática. A Caprivi le sucede el príncipe Hohenlohe. Estando éste en el poder es cuando el Kaiser envía su famoso telegrama a Krüger. Armó una confusión extraordinaria y es una de las ocasiones en las cuales se atrinchera tras sus ministros. La impresión en el país era, sin embargo, excelente: todo el mundo estaba con los boers contra Inglaterra. Un momento cruzó por su imaginación una unión con Francia contra Inglaterra.

Porque Guillermo II ha tenido siempre un odio despierto hacia Inglaterra, sea porque nunca se entendió con su madre, la princesa Victoria, o únicamente por sentirse impotente frente a la Flota Inglesa.

El caso es que este sentimiento le lleva irremediablemente a desear una Flota igual a la del país odiado: es otra de las fuentes de la guerra mundial.

De este incidente del telegrama a Krüger dice Bülow en "Alemania Imperial", publicado en 1914: "Durante la guerra sudafricana, que trajo una gran tensión en las fuerzas del Imperio británico y puso a Inglaterra en serias dificultades, pareció ofrecerse la ocasión de herir hábilmente a esta potencia, que se oponía secretamente a nuestra política exterior". Pero luego añade: "Aun si Inglaterra hubiese sido vencida en África del Sur, hubiese podido ahogar nuestra naciente Flota. Es después de haber maduramente pesado los intereses nacionales de Alemania cuando nos decidimos por la neutralidad durante la guerra de los boers". "No hubiésemos podido llegar a nuestra meta —dice luego—, que era la de poseer una Marina importante".

Este hombre, Bülow, había conseguido ocupar Kiao-Tchéou y Samoa. Además, lleno de fantásticas promesas, sueño maravilloso, fomentaba la idea del ferrocarril de Bagdad. Se votan las Leyes navales de 1897 y 1898. Fracasa la primera Conferencia de La Haya acerca de la limitación de los armamentos. Este hombre, no viejo, con talento, poliglota, muy culto, secretario de Estado en los Negocios Extranjeros desde 1897, llega a la







El asesinato en Sarajevo del archiduque Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914, fue el pretexto para el estallido de la primera guerra mundial. Sobre estas líneas, el lugar donde cayó el archiduque; en la página de enfrente, supuesta instantánea de la detención del estudiante Gavrilo Princip, segundos después de que disparase sobre el archiduque y su esposa, Sofía.

Cancillería. Es uno de los forjadores de la guerra del 14. Los liberales votan bajo su férula todos los créditos necesarios.

"El equilibrio europeo —podrá decir dentro de poco el Kaiser—, el equilibrio europeo soy yo, yo y mis veinticinco cuerpos de Ejército, que podré doblar el día en que estalle la guerra". Y habla de una posible alianza con Inglaterra.

Como en un paso de comedia, dos veces Alemania va a intentar aliarse con Inglaterra, sin resultado; luego, otras dos veces, Inglaterra buscará el apoyo de Alemania, sin encontrarlo.

En Kiel, en 1904, es Alemania —Bülow— quien indica la conveniencia de una alianza. El Rey Eduardo contesta "que un pacto de esa naturaleza no era necesario en esa circunstancia, ya que no existía ningún motivo serio de hostilidad o de discordia entre los dos países". Declaración llena de lealtad y un buen sentido —dice lord Asquith—, más llena de lo segundo que de lo primero, comento, sin llegar a pensar, como el Kaiser, "que esta negativa... lleva el sello evidente de la política de encercamiento (de Alemania) que perseguía Inglaterra".

Antes de esta apertura hubo un incidente Bülow-Chamberlain que no hay que olvidar. Fue en 1899. El Kaiser hace un viaje a Inglaterra; ha empezado ya la guerra sudafricana; las relaciones de los dos pueblos no son muy cordiales y el Emperador invita a mister Chamberlain a hacerle una visita. Bülow está presente. Se habla de una aproximación germano-inglesa. Bülow invita a Chamberlain a dar el primer paso "para tener abonado el terreno cuando hable él en Alemania". Unos días más tarde, el 1 de diciembre de 1899, pronuncia Chamberlain en Leicester su anunciado discurso. A él pertenecen los párrafos siguientes, que será curioso confrontarlos con los que se pronunciarían diez años más tarde —en 1909— en la Conferencia Imperial reunida en Londres. Dijo mister Chamberlain:

"Creo que todo hombre de Estado británico, por poco visor que este sea, desea que nuestro aislamiento europeo no se prolongue más. Dicho lo anterior, cada cual debe pensar que la alianza más natural para nosotros sería la que nos uniese el gran Imperio alemán...".

¿Qué es lo que une las naciones? El interés y el sentimiento. ¿Cuáles son los intereses británicos opuestos a los alemanes? Yo no me puedo figurar, en un inmediato porvenir, ninguna causa de antagonismo entre los intereses de Alemania y los nuestros.

Luego habla de una posible alianza con América, que uniría la raza germánica con las dos ramas de la anglosajona.

La impresión que este discurso produjo en Alemania fue extraordinaria, pero en sentido inverso al que Bülow pudo prever. Se indignó todo el mundo, y Bülow, dejándose influir por el ambiente, pronuncia el 11 de diciembre un discurso en el Reichstag desautorizando todo rumor de alianza y pidiendo un aumento en los presupuestos para la Marina de Guerra.

Inútil describir el estado de ánimo del Gobierno inglés.

La otra tentativa de acuerdo entre Inglaterra y Alemania ocurre en 1912. Es lord Haldame el portavoz. En 1914 estaba listo para firmar un vago acuerdo. Pero seamos, aunque no mucho, fieles a la cronología.

El 28 de octubre de 1908, el

"Daily Telegraph" publica una entrevista con el Kaiser. En ella, sencillamente, se asigna el papel de salvador de Inglaterra; él trazó el plan victorioso que lord Roberts puso en ejecución contra los boers. En todas partes hizo la información un efecto desastroso, y en Alemania igualmente. En el Parlamento —si así se puede llamar el existente en Alemania en esa época—, el canciller censura la actitud del Kaiser. Aunque de momento éste calle, unos meses después —el 28 de junio de 1909— deja Bülow la Cancillería. Llega al poder Von Bethmann-Holweg. Voy a dejar para después el examen de la cuestión naval, que es, a mi juicio, si no la piedra angular, una de las razones principales de la guerra de 1914. Es indiscutible que si la rivalidad naval entre Alemania e Inglaterra hubiese tenido en 1908 el mismo volumen que las leyes navales alemanas de 1912 vinieron a crear, hubiese tenido Inglaterra las mismas causas que motivaron su intervención seis años más tarde.

Alemania, lo reconoce Bülow en su libro, no había oído sonar todavía la hora de su política mundial sin restricciones. Sin embargo, amplía su política en África, en Extremo Oriente, en Asia Menor; intenta apoyarse en los Estados Unidos y el Japón.

La triple alianza —Alemania, Austria, Italia— parece todavía firme. Sin embargo, no se ignora que en 1902 Italia prometió a Francia su neutralidad en toda guerra en la cual no fuesen los franceses los agresores. El tiempo lo confirmó. En estas condiciones, Austria-Hungría, por medio de Aerenthal, su mejor —en el peor sentido de la palabra— ministro, anexiona, se incorpora la Bosnia y la Herzegovina. "Era una violación cínica del derecho público". Esta frase es de lord Asquith, entonces en el poder en Inglaterra. Entonces y en 1914. La ocupación de Bélgica no era un crimen peor. Sin embargo, entonces no se amenazaban las costas del canal de la Mancha, tan próximas a la metrópoli. Por eso quizá no surgieron los brillantes caballeros servidores del Derecho, y se callaron. Como se calló Rusia, la que seis años más tarde no va a permitir que sus hermanos eslavos sean juzgados por Austria-Hungría. Calló Rusia porque Aerenthal engañó a Iswolski prometiéndole el paso por los Dardanelos. Ese engaño había de hacerlo pagar caro el diplomático ruso a la doble Monarquía. Embajador de Rusia en París en 1914, es uno de los que con más ahínco y feroz alegría empujó a Europa hacia el abismo.

Es posible que las reclamaciones de las potencias europeas hubiesen sido más eficaces y duras si Alemania, como dice Bülow, "no hubiese echado en la balanza el peso de su espada".

El Kaiser resplandecía; gracias a su fuerza, un crimen quedaba impune.

La Weltpolitik marcha a su apogeo. La Hamburg-America ha visto



# Despliegue sus alas dentro del TriStar.



Vuele a Londres con el TriStar y disfrute de más espacio en el espacio.

Suba a bordo en Madrid, Barcelona, Málaga, Alicante y Palma y empiece a sentirse a sus anchas y a sus largas, volando sin pasar apreturas.

En la amplia y profunda butaca, piense en el negocio que va a hacer, o hable con su vecino (no para pedirle que se corra un poco), o lea, o escuche el silencio de los tres poderosos motores Rolls-Royce.

El TriStar de British Airways le ofrece siempre un servicio de primera clase con mucha clase.

Para que usted pueda volar más alto.



## British airways

En todo el mundo estará en buenas manos.



# Max Aub:

subir su tonelaje de 3.000 a 50.000 toneladas, sus velocidades acrecentadas de 14 a 25 nudos. Desde 1898, en el cual el Kaiser dijo en Damasco que "los 300 millones de musulmanes pueden estar seguros de que el Emperador de Alemania será siempre su amigo", no cesa en su política turcofíla, tan acendrada como su antieslavismo. Los Emperadores de Rumania y Bulgaria son germanos.

Desde el mar del Norte a Bagdad sueña el Emperador un camino triunfal que le permita asestar un golpe en el corazón de Inglaterra: la India. El mariscal Von der Goltz merece bien de su Emperador; él manda, hace y deshace en el Imperio otomano.

Seguro, Rey absoluto en Tierra, el Kaiser mira con confianza el mar. Llega el momento de hablar de las escuadras.

## La política naval

A su advenimiento al trono de Alemania —en 1888—, la Marina de Guerra se compone de 27 acorazados y 23 cruceros. Ya en 1891, el presupuesto de Marina aumenta en un 80 por 100. El Reichstag, sin embargo, lo reduce algo. Se llega al año 1897, y el almirante Hollmann dimite y entra en escena otro comparsa, uno de los más tristemente célebres: el almirante Tirpitz. Hasta entonces, la Marina alemana no tenía importancia alguna. El acorazado mayor tiene 9.874 toneladas y los modelos son antiguos. La Marina se compone de 25.000 hombres. Nadie se interesa por las cosas del mar.

Entonces —ejemplo clarísimo de organización capitalista y bélica— se recurre a "una prensa bien organizada y dirigida" —son palabras textuales— y a una "enérgica propaganda". El 4 de abril de 1897, el Kaiser habla en Colonia. Dice: "Neptuno, con su tridente, es el símbolo de la nueva tarea que tenemos que cumplir, y este tridente debemos tenerlo entre nuestras manos". El 10 de abril de 1898 se vota la nueva Ley naval. En este año, Inglaterra tiene 54 acorazados y 104 cruceros; Alemania, 14 y 13, respectivamente. En 1900, un incidente con Inglaterra sirve de pretexto para reformar la Ley naval. Se vuelve a reformar el 6 de abril de 1908. Ya en vísperas de la segunda Conferencia del Desarme en La Haya, Inglaterra propone una limitación o, mejor, una reducción. El Kaiser califica todo este proceso con una palabra: "tontería".

Lord Asquith dice en la Cámara de los Comunes, el 29 de marzo de 1909: "Nuestra Marina es para nosotros lo que su Ejército es para Alemania. Una Marina poderosa daría a este país un medio de aumentar su prestigio, la influencia de su diplomacia y le facilitaría la protección de su comercio; pero no es para ella, como lo es para nosotros, una cuestión de vida o muerte".



Napoleón II y el príncipe Von Bismarck después de la batalla de Sedán. (Fragmento del diorama pintado por Werner.)

te". Y comenta luego en sus memorias: "Las variaciones llevadas a cabo en la Ley de 1908 mostraban claramente que si Gran Bretaña no aumentaba sus construcciones navales, Alemania podría adquirir una superioridad en navios de línea en 1914 (1)". Y luego añade: "Fuimos, pues, llevados a poner en construcción ocho navios de línea en 1909".

El 14 de junio de 1912 se votaba en Berlín una nueva enmienda que aumentaba la Flota. Sin embargo, estaba lejos Alemania de poseer una Marina comparable a la del Reino Unido. Tenía 25 cruceros, e Inglaterra, 49. Pero Inglaterra los repartía por el globo entero, y los alemanes enfilaban sus cañones hacia la isla capital.

La "entente cordiale" se afirma. Había nacido en 1904, cuando —dice Poincaré— monsieur Delcassé firmó con el Gobierno inglés un acuerdo que suprimía los últimos rozamientos, arreglando con concesiones mutuas los intereses de las dos naciones allí donde más expuestas a enfrentarse estaban: en Egipto y en Marruecos". En 1907 se firma la Convención anglo-rusa. Es curioso ver cómo van estrechando sus lazos los tres países a medida que Alemania, subida en el tornillo sin fin de su orgullo y su poder, aumenta Ejército y Flota en proporciones descomunales. El Reino Unido y Rusia hallan un arreglo relativo a Persia, Afganistán y el Tibet.

Mientras tanto el Kaiser organiza otra payasada. Cita al Zar, se encuentran en Bjorkoe en julio de 1905, y el Kaiser hace firmar a su primo el borrador de una alianza ruso-alemana. Callan todos el asunto. ¡Qué diría Francia! El absurdo nace muerto.

Otro asunto presenta ya las fuerzas en sus respectivas posiciones: es el de Marruecos. Fue el Kaiser —con su inconsciencia brillante, vocinglera y fanfarrona— el que, con su desembarco en Tánger, levantó la liebre. Como siempre que un asunto motiva consecuencias desagradables, se escuda en su canciller. Su discurso —estamos en 1905—, uno de los más provocativos, "proclamó —dice Bülow—, en un lenguaje desprovisto de todo equívoco, el principio de la soberanía e independencia de Marruecos". Anunciaba de esta manera al mundo que Alemania creía deber ser consultada en el asunto marroquí.

Obtuvo Alemania un triunfo diplomático con la dimisión de Delcassé y la reunión de la Conferencia de Algeciras. Este modesto triunfo fue borrado en 1911 con el envío del cañonero "Panther" a Agadir. Esta vez es Bethmann-Hollweg el que debe salir responsable. De las conversaciones que siguen entre Francia y Alemania, esta última abandona toda influencia oficial en Marruecos —Poincaré la acusará luego de fomentar las rebeliones— y gana una estrecha faja en el Congo francés. No fue tan fácil y es de mucha mayor importancia el roce que motiva el asunto de Agadir con Inglaterra. Las palabras que siguen son de Lloyd George, pronunciadas en un banquete dado por el alcalde de Londres a los banqueros de la City. Habló de la voluntad de paz, y luego dijo: "Pero si se nos quisiera imponer una situación donde la paz sería salvaguardada únicamente arrastrando a Gran Bretaña en un asunto en el cual están en juego sus intereses, como si no contase en el equilibrio europeo, entonces,

lo digo categóricamente, la paz a este precio sería una humillación que un gran país como el nuestro no tendría el humor de soportar".

El 27 de noviembre de 1911 se firma el acuerdo entre Alemania y Francia. Al mismo tiempo, lord Asquith hace que la Comisión de Defensa del Imperio "haga un examen profundo y completo del papel que nuestro Ejército y nuestra Armada tendrían que representar... el día en el cual nos viésemos arrastrados a una guerra europea". Son palabras textuales.

Dice el que luego fue lord Oxford: "No es exagerado decir que en esta fecha —1909— el Gobierno había estudiado todos los problemas que levantaba la eventualidad de una guerra contra Alemania; a saber: la situación naval, el bloqueo, la invasión, la guerra continental, la defensa de Egipto".

Las órdenes de movilización, todas las proclamas necesarias están impresas. En 1914 no se perdió un minuto en preparativos. Todo estaba perfectamente engranado.

He insistido tan largamente en las relaciones germano-inglesas porque, además de ser el punto menos tratado de los orígenes del crimen de 1914, creo que es una de sus razones principales. Transcribo, para dejar este asunto, palabras de sir Edward Grey, pronunciadas en 1909 en la Conferencia Imperial reunida en Londres: "No corremos riesgo alguno de vernos mezclados en graves complicaciones europeas —dijo—, a menos que una potencia o coalición de potencias europeas viniese a dar en lo que yo llamaría una política napoleónica". Y luego: "Sin embargo, digo que el caso extremo que acaba de exponer se puede presentar, y entonces se plantearía la cues-



# Max Aub:

ción de saber si tendríamos que intervenir con las armas en los asuntos de Europa. Si llegásemos a eso sería únicamente porque nuestra potencia naval y la necesidad de mantenernos dueños del mar nos harían combatir”.

## El mapa europeo en 1914

Repasemos el mapa europeo en 1914. En Alemania, el partido militar manda dictatorialmente, no se vive más que para el Ejército. Todo el mundo está satisfecho de obedecer a un Ejército tan perfecto, tan colosal. En marzo de 1913, la Memoria para la nueva Ley militar lleva en su preámbulo las siguientes frases: “Hay que acostumbrar al pueblo a pensar que una guerra ofensiva es una necesidad de nuestra parte. Hay que llevar las cosas de tal manera, que bajo la fuerte impresión de armamentos potentes, de sacrificios considerables y de una situación política precaria, la guerra —no emplea esta palabra, sino desbordamiento— sea considerada como una salvación”. Se llega a la saturación. Todos los que mandan desean la guerra. La situación de los posibles enemigos es bastante precaria. Francia, según el senador Humbert, acaba públicamente de declarar que carece de artillería pesada y no está sobrada de municiones.

Hasta el año 1916 ó 17, Rusia no tendrá pronta su red de ferrocarriles estratégicos. Inglaterra tiene bastante que hacer con intentar poner paz en Irlanda. Por eso el Kaiser va a escribir en el margen de un documento de diplomático, en el cual se le da cuenta de la situación austroservia: “Ahora o nunca”.

Austria se siente morir. Baila y sonríe. Pero el archiduque heredero tiene ciertas simpatías por las minorías eslavas, que nadie le perdona. El Emperador, menos que nadie. Y se deja fríamente que se vaya a hacer asesinar en Sarajevo. Conrad, el general en jefe, ansía la guerra. El Tratado de Bucarest no puede ser definitivo. Ya lo dijo el Kaiser al marqués de Pallavicini, su embajador en Turquia: “Las potencias centrales no pueden aceptar el Tratado de Bucarest como una solución definitiva a la cuestión balcánica, sólo una guerra general podrá conducir a una solución conveniente”. Dirige la política un hombre frívolo, mediocre, sin sentido alguno de responsabilidad: el conde Berchtold. La posteridad será muy severa con él.

Rusia sueña siempre con los estrechos; la camarilla que rodea al zar sin voluntad que es el zar, quiere —no tiene nada que perder— la guerra.

En enero de 1914 “declararon el ministro de la Guerra ruso y el jefe de Estado Mayor categórica-

mente, que Rusia estaba absolutamente preparada para el duelo con Alemania sin referirse ya al duelo con Austria”. Será la única manera de llegar a Constantinopla, sueñan los generales. El servicio militar se lleva a tres años y tres meses de duración.

He hablado muy poco de Francia. Voy a decir dos palabras. Perdonad que subjetive un momento mi exposición. Yo he estudiado en Francia mis primeras letras, y os puedo dar fe de que la enseñanza toda de la Historia tenía y tiene, desgraciadamente, arraigado en los muchachos el más haidiendo chauvinismo —este es tema para otro día—. Conservo algún libro de entonces. De la Historia de Francia, que en 1913 enseñaban en cole-



Otto von Bismarck, con sus perros daneses, en Friedrichsruhe.

gios y liceos de París, son los siguientes párrafos:

“La Alsacia y la Lorena, estas provincias francesas por el corazón, han sido robadas a Francia por Alemania victoriosa. Allí están Metz y Estrasburgo, esos dos baluartes de Francia”.

• • •

“Los alsacianos y los loreneses no han dejado nunca de protestar contra su anexión a Alemania. Francia no los olvidará. La guerra de 1870, que fue tan cruel para nuestro país, debe inspirarnos pensamientos patrióticos. Para defender la patria, aunque no sea atacada, debemos cumplir con todos nuestros deberes, y particularmen-

te con nuestros deberes militares.

“Los pueblos que pierden sus virtudes militares son pueblos condenados a desaparecer... ¡No olvidemos la guerra del 70!”.

Si esto se enseñaba a niños de diez años, pensad en el estado de ánimo de la nación. Nación dirigida por un hombre que siempre como lorenés francés, había soñado con la “revancha”: Poincaré. Basta ojear un libro negro publicado por los soviets, referente a la política franco-rusa de 1910 al 14, para verlo y comprobarlo.

“La verdadera causa de la guerra —dice William Martin— es que todo el mundo creyó fatalmente que ocurriría; la elección de monsieur Poincaré a la Presidencia de la República ha podido responder a

dado alas con el propósito claro de las consecuencias. A Rusia, el de haber movilizado primero. A Francia, el de no haber pensado un momento en la posibilidad de evitar la hecatombe. A Inglaterra... De Inglaterra ya hemos hablado bastante. No llegará a decir que Inglaterra deseó claramente la guerra. Pero es indiscutible que entraba en sus previsiones, para más tarde o temprano, una guerra con Alemania, y esto es decir una guerra europea. Las vacilaciones postreras de sir Edward Grey pueden imputarse, con un sencillo juego psicológico, a este hondo y fatal convencimiento.

## Las vísperas de la guerra

Veamos rápidamente el calendario de los hechos del 28 de junio de 1914 al 4 de agosto. Remito al que quiera ampliar su interés por estas fechas vergonzosas al excelente libro de Emil Ludwig, “Julio de 1914”, que acaba de aparecer en castellano.

28 de junio.—Asesinato del archiduque en Sarajevo.

30 de junio.—“Ahora o jamás”, escribe el Kaiser en el margen del informe de Tschirsky, su embajador en Viena.

5 de julio.—Conferencia en Postdam. Guillermo II contesta al Emperador de Austria dándole la seguridad de su concurso en cualquier caso.

6 de julio.—El Kaiser embarca en su yate.

7 de julio.—Consejo de Ministros austro-húngaro. Se decide enviar un ultimátum a Servia. Tiza protesta. “El pueblo húngaro —dice— no puede ir a la guerra antes de recoger la cosecha”. Protesta de la inutilidad de la anexión de Servia.

13 de julio.—Von Wiesner, enviado a Sarajevo para compulsar los documentos referentes al atentado, dice: “Que nada demuestra explícitamente la complicidad del Gobierno servio”.

16 de julio.—Poincaré y Viviani embarcan hacia Rusia.

23 de julio.—Poincaré marcha a Rusia. Unas horas antes (a las seis), las precisas para que no llegara a conocimiento del Presidente francés, en suelo ruso, se entrega el ultimátum austriaco a Servia. Se exige la contestación en las veinticuatro horas.

24 de julio.—Sir Edward Grey propone que Alemania, Francia, Italia e Inglaterra medien en el asunto.

25 de julio.—El Gobierno ruso dice que no puede seguir indiferente al curso de los acontecimientos. Respuesta de Servia a Austria. El embajador de Austria rompe las relaciones con Servia.

26 de julio.—Sir Edward Grey quiere proponer una reunión de embajadores. Cree que, como en 1913, eso le va a bastar para contener el conflicto. Este será el cargo mayor con que luego se le acusará: el no haber dicho claramente desde el principio que Inglaterra, si Alemania atacaba a Francia, no



tendría más remedio que intervenir. Austria moviliza. Inglaterra ordena a su Flota permanecer reunida. Rusia entabla una conversación con Austria.

27 de julio.—El Kaiser llega a Postdam. El Gobierno alemán no acepta la idea de sir Edward Grey. Es un asunto a resolver entre Rusia y Servia, objeta.

28 de julio.—Austria declara la guerra a Servia.

29 de julio.—Rusia moviliza sus circunscripciones meridionales. Poincaré llega a París.

30 de julio.—Un poco de esperanzas. Se vuelve a iniciar una conversación entre Petrogrado y Viena. Villain mata a Jaurés. Los socialistas flaquean en todos los frentes.

31 de julio.—Movilización general en Austria y Rusia. Ultimátum de Alemania a Rusia exigiendo la desmovilización en las doce horas siguientes.

1 de agosto.—Moviliza Alemania. Declara la guerra a Rusia, no habiéndosele contestado al ultimátum. Francia moviliza a la misma hora.

2 de agosto.—Ultimátum a Bélgica. Inglaterra asegura a Francia que protegerá sus costas Norte y Nordeste.

3 de agosto.—Alemania declara la guerra a Francia.

4 de agosto.—Entran las tropas alemanas en Bélgica. Inglaterra declara la guerra a Alemania.

Este mes terrible está lleno de episodios grotescos y vergonzosos. Otro día los comentaremos; yo o uno de vosotros. Merecen, para no volver a repetirse, una exposición constante.

Dirijamos una rapidísima ojeada a Italia. Su postura es de las más feas y repugnantes. Sencillamente se vende al mejor postor. Pide primero a Austria que le diga lo que le da por permanecer neutral; luego pregunta a la "Entente", y como éstos le conceden más, declara la guerra a sus antiguos aliados. Y cuando en la Conferencia llamada de la Paz Sonnino quería que las irrealizables promesas se materializaran y le demostraban su imposibilidad, contestó: "Vosotros, que habéis sido atacados o provocados, no habéis tenido que escoger al hacer la guerra. Nadie os lo puede reprochar. Pero yo, que sin imperiosa necesidad he llevado a mi país a esta terrible guerra, haciéndole firmes promesas; yo, que tengo 600.000 vidas italianas sobre mi conciencia, ¿qué le diré a mi pueblo si no cumplo mis promesas?". Y añadía: "Soy un criminal". Más vale no meneallo.

## Y entre tanto, los pueblos...

He aquí los hechos. ¿Han oído nombrar en ese desfile —que yo he querido hacer imparcial— alguna vez al pueblo? ¿Ha influido en los acontecimientos relatados, aunque sólo fuese un momento, la voluntad de los obreros y de los campe-

sinos? Si alguna vez se ha recurrido a ellos, ha sido después de haberlos adobado con las salsas patrióticas más violentas, después de haber condimentado los artículos más furibundos, redoblando los tambores del más fácil, barato y suntuoso nacionalismo.

Los periódicos, la gran mayoría de ellos, en el momento oportuno, cuidadosamente elegido, han ondeado las más vistosas galas de los lugares comunes.

Los regimientos han desfilado por las calles con músicas bullangueras. Nada se ha escatimado. Y los vítores de los chauvinistas no eran contrarrestados.

En ningún momento se ha tenido en cuenta más que lo que se llamaban intereses del Estado, sin pensar que este Estado está virtualmente formado por la nación. ¡Qué el Gobierno X ha enviado un barco al Polo Este! En seguida, el honor patrio peligró. Unas notas, un ultimátum. ¡Si señor! Una guerra. ¿Y qué? ¿Es que se va a permitir que el país vea hollado su honor? —su honor en el Polo; ¡quien dice el Polo, dice una isla desierta del Pacífico!—. Y tú, herrero, y tú, labrador, y tú, albañil, os vais agitando banderitas, contra otro herrero, contra otro labrador, contra otro albañil, embaucados por el olor de los artículos —eso sí, elocuentísimos— de la prensa burguesa, a entresesinaros. Es posible que en el Consejo de Administración haya un buen señor a quien interesen unas posibles minas existentes sea en el Polo, sea en la isla desierta del océano Pacífico.

Alsacia y Lorena son francesas como eran alemanas; a la fuerza. La Silesia, gran parte de Polonia y toda Yugoslavia —nombre providencial— yacen bajo el yugo de Gobiernos artificiales creados por el Tratado de Versalles, Lituania, Polonia, Yugoslavia, Italia, viven en régimen de dictadura. No hablemos de Rumania. En Alemania, los partidarios de Hitler ganan terreno. En el mundo, compañeros, hay diez millones de soldados más que en 1914.

Este es el balance. Si a este desenfreno no pone barrera el socialismo, creo que nosotros mismos conoceremos otra gran guerra. Esta sólo se puede evitar con una inteligencia entre los pueblos; pero entre los pueblos verdad, no entre los Gobiernos que representan únicamente los aspectos capitalistas de la nación, muchas veces interesados en la consumación de las matanzas.

Bien está la Sociedad de las Naciones, pero las guerras se acabarán únicamente cuando todos los proletarios de todos los países digan de una vez: "No queremos más guerras". Es posible que para llegar a eso se hayan de sacrificar algunas vidas.

Tengo la seguridad de que todo buen socialista sacrificaría gustosamente la suya, como yo ofrecería la mía, si en algo pudiera servir para este resultado.

Esto es todo. ■



¿No se da Vd. cuenta de lo que sucede con la mayoría de sus amigos? De como van perdiendo su cabello poco a poco y no pueden evitar la caspa. ¿Ha pensado que quizás no usan el producto adecuado? Un producto que tenga como base el azufre y por tanto aporte los elementos indispensables para la vida y salud del cabello. Un producto con acción reguladora a través de los extractos vegetales que contiene.

**Si quiere prevenir la caída del cabello o tiene caspa...**

Loción de Azufre **Veri** Más le vale.

INTEA 76